

Chiloé

Luis Cordero Vega



En 2005, las reliquias bomberiles de Castro, Ancud, Quemchi y Curaco fueron declaradas Monumento Histórico. Como consta en el decreto de esa declaración, a inicios del siglo XIX el gobernador de Chiloé ordenó que las personas mantuvieran en sus viviendas “un odre lleno de agua para atacar el fuego en caso de incendio”. Aunque el primer cuerpo de bomberos nació en Valparaíso, los inicios institucionales del combate al fuego tienen su origen en el archipiélago.

Como una metáfora cruel de la historia, el incendio ocurrido por estos días en Castro, que afectó a más de 140 casas, y el de su bahía que comprometió a seis palafitos —que demandan protección patrimonial hace años—, dieron cuenta de la precariedad para abordar los incendios en esa zona, pero sobre todo los problemas de acceso a agua para combatirlos, produciendo frustración en todos los que desesperadamente buscaban hacer algo. La situación es preocupante no solo porque en el

primer caso su origen estaría en un acto negligente; también por las debilidades institucionales que quedaron en evidencia. Las imágenes aéreas de este desastre, transmitidas por televisión, hicieron recordar tragedias como la del cerro La Cruz en Valparaíso, Santa Olga en Constitución y La Gloria en Pumanque: años de esfuerzo destruidos en minutos, historias y recuerdos consumidos ante miradas impotentes.

A días de una elección presidencial en que la mala fe y el juego sucio se han tomado el debate, lo ocurrido en Castro revela con nitidez las vulnerabilidades actuales y las complejidades del futuro.

Esos incendios nos hablan de los efectos del aislamiento territorial; del centralismo en la discusión pública; de que el voluntariado —por más noble que suponga su existencia— no puede sustituir a labores permanentes del Estado; de que la adaptación climática es imperativa y quien lo pone en duda actúa como un verdadero negacionista; de que los desastres

“A días de la elección, lo ocurrido en Castro revela con nitidez las vulnerabilidades actuales y las complejidades del futuro”.

son parte de nuestra vida cotidiana y de que la tragedia que afecta a las familias en momentos como estos no se soluciona con simple filantropía o interpelando a una solidaridad contingente, porque hay deberes a los cuales todos debemos contribuir de modo permanente.

Como advirtió el Centro del Clima y

la Resiliencia en sus informes de 2020 y 2021, los riesgos climáticos vinculados al fuego son devastadores para las comunidades y dejan registros en su memoria colectiva, generando “profundos sentimientos de duelo asociados a la pérdida de identi-

dad territorial”.

Cuando al final de la época colonial el gobernador de Chiloé impuso la obligación de agua en cada vivienda para combatir incendios, quizá nunca pensó que, más de dos siglos después de su ordenanza, algunas de las precariedades que la justificaron se mantendrían plenamente vigentes.

Jorge Marín



Del potrero a la Libertadores

Hace algunos años asumí un desafío profesional muy interesante. Yo lideraba una organización con un muy buen desempeño histórico y una sana cultura organizacional. Mi jefe, el CEO para Latinoamérica, me pidió hacerme cargo de la gestión de otro país: una organización en la que quedaban sólo los que no se habían podido ir, con la moral por el suelo, con baches de procesos y transparencia en todos los ámbitos. El desafío era convertir a un perdedor en un líder continental.

¿Cómo se logra transformar una organización? ¿Cómo llevarla del letargo al autodesafío de querer ser ganadores? Es indispensable una mezcla multifactorial que incluya objetivos claros, concretos, medibles y alcanzables. Provocar motivación, incitar al compromiso e inyectar “torque organizacional”. Todo esto bajo un paraguas común: construcción de un real sentido de equipo y cierto grado de estrés organizacional.

Todo proceso transformacional requiere ser gradual. No se puede esperar pasar de los potreros a ganar la Libertadores en un año. Hay que tener especial cuidado con el estrés que se aplica a la organización. Pasarse de rosca puede terminar siendo un boomerang. Según la OMS, el estrés en el lugar de trabajo se potencia cuando se les pide a los empleados que realicen cosas que superan sus conocimientos, capacidades y habilidades.

En nuestro caso definimos un plan a cinco años, dividido en cuatro etapas: estrategia (establecer las metas, hitos y KPI); equipo (fortalecer la estructura, capacidades y ambiente); sincronización (mejoramiento de procesos y centralidad en el cliente); ejecución (*delivery* superior en tiempo y forma. Ser capaces de “sorprender”). No fue fácil manejar un estrés que muchas veces superaba la racionalidad de los tiempos y la oportunidad.

El objetivo fue logrado, conseguimos tener una empresa ganadora, con hambre. Pero al mirar hacia atrás hago una autocrítica: no medimos bien el estrés, quedó gente en el camino (algunos, gente muy valiosa), y eso deja un sabor no tan dulce. Mi conclusión hoy, desde la mirada del asesor, es que no basta con que las organizaciones sean ganadoras; tienen que ser además órganos felices. En otras palabras, el *winner* a todo evento no logra trascendencia. Trabajemos por tener organizaciones exigentes pero felices, y así construiremos un mejor país y un mejor futuro para las nuevas generaciones.

Democracia versus fascismo

Claudio Alvarado R.
Instituto de Estudios de la Sociedad (IES)



Según se repite en Twitter, esa es la disyuntiva que subyace a la segunda vuelta: acá, los demócratas; allá, los fascistas de derecha. Porque tal como el populismo, la etiqueta se usa con suma liviandad, básicamente para denostar a los adversarios. Me temo que esta dinámica ha generado dos problemas serios.

El primero consiste en la caricaturización de lo que representa José Antonio Kast en el balotaje, influida por una inquietante intolerancia al disenso político. Ciertamente Kast y los republicanos han abrazado posiciones infundadas o inaceptables dependiendo del caso: ahí están su programa 1.0, sus dichos sobre Nicaragua y el diputado Kaiser para recordarlo. Sin embargo, nada justifica la incapacidad de la oposición para evaluar con un mínimo de mesura a sus rivales.

En concreto, se requiere mucha imaginación o mala fe para advertir en el exdiputado de la UDI un peligro para la democracia (tanto o más que para calificar co-

mo dictador al Presidente más débil de los últimos 30 años). Si a Kast lo apoyan Lavín y Matthei, Ossandón y Desbordes, Oscar Godoy y un largo etcétera, es porque buscan evitar el triunfo de Boric y el PC, pero también porque ven en JAK un “político conservador pragmático”, al decir de Ricardo Brodsky, exdirector del Museo de la Memoria.

Se necesitan altas dosis de ignorancia e intolerancia para identificar fascismo y conservadurismo, pero aquí asoma el segundo problema: la nueva izquierda se ha vuelto cada vez más ciega a las controversias que rodean muchas de sus posturas. Este mundo, no obstante, también tiene sus demonios. El caso más visible es su coqueteo impúdico con la violencia luego del 18-O (lo cual, por supuesto, tampoco hace fascista a Boric). Y dicha ceguera es aún más aguda respecto de otros ámbitos donde simplemente se cree encarnar el lado correcto de la historia, cerrando los ojos al carácter

“La nueva izquierda se ha vuelto cada vez más ciega a las controversias que rodean muchas de sus posturas”.

disputado de sus agendas. ¿Ejemplos? Diversas tradiciones políticas e intelectuales argumentan que el homicidio de los niños o niñas que están por nacer es un crimen que clama al cielo. También hay legítimas preocupaciones en materia de libertad de educación y expresión (y por ahora la Convención no ha logrado dispararlas). Además, la noción de lo público que empuja el Frente Amplio minusvalora el rol de la sociedad civil organizada. Por eso en el pasado Siches, Jackson y el mismo Boric dispararon sus dardos contra instituciones como la Teletón o la PUC. Así, suma y sigue.

Si se quiere, Chile sufre un choque de ortodoxias, ya conocido en otras latitudes. De ahí que muchos electores voten movidos por su rechazo a tal o cual visión. Todo ello exigirá diálogo e instancias de encuentro —lo propio de la democracia—, no excluir *a priori* a los adversarios. Esto sí nos acercaría al fascismo.